

Nacimiento y Desarrollo del Arte de la Guerra

Teniente Coronel José Roberto Ibáñez Sánchez

La Disciplina y el Atletismo como Fundamentos Tácticos.

Fueron los Griegos, supremos forjadores del arte en todas sus manifestaciones, quienes a través de sus preceptos políticos, económicos y sociales, lograron extractar racionalmente de las burdas formas del combate oriental y de las primigenias manifestaciones guerreras del hombre, todo un conjunto de reglas generales para ir a la batalla en condiciones ventajosas y prever su desarrollo conforme a los propios intereses y capacidades, haciendo de la actividad bélica un arte y una ciencia. Por eso, una de las situaciones históricas que causan mayor admiración a la humanidad, está constituida por los tres siglos del brillante período de la Grecia Antigua, en donde, al lado de sus grandes expresiones espirituales intelectuales y artísticas que la colocan como cuna de la civilización occidental, encontramos paralelamente un espíritu bélico extremo y en algunos casos rayano en la ferocidad, manifestado a través de un continuo guerrear, bien por la hegemonía entre las diferentes ciudades-estados o confederadas éstas contra el poderoso Imperio Persa que pretendió sojuzgarlas.

En este sentido, se destacó primeramente Esparta, donde Licurgo, sabio Legislador del Siglo IX A.C., organizó un Estado exclusivamente militar en el cual, el derecho a ser libre engendraba de hecho el ejercicio de la profesión de las armas por toda la vida. La guerra era para el espartano su principal actividad y supremo anhelo que aprendía a cultivar desde niño. A los siete años, salía del hogar para empezar en el gimnasio a fortalecer su cuerpo y espíritu metódica y rigurosamente, con preceptos morales que templaban su alma en la más férrea

disciplina. Cumplidos los catorce, el joven pasaba directamente a adiestrarse en el manejo de las armas, en las maniobras de campo y en toda suerte de ejercicios, complementados con diarias comuniones de abnegación, sacrificio, astucia y destreza, que modelaban en sumo grado su espíritu guerrero, sin que faltara para ello el ejemplo de los mayores. Vencer o morir en el combate era la máxima gloria a que podía aspirar el Espartano, de lo contrario le esperaba una vida infame y miserable, que empezaba con el desprecio de su propia madre. Cuando al cumplir los veinte años, pasaba legalmente a formar parte del Ejército Lacedemonio, el hombre se encontraba tan compenetrado con la vida militar, que apenas hacía falta el enemigo para arrojarse sobre él con el mayor desnudo.

Las otras ciudades Griegas modelaron sus Ejércitos por el tipo Espartano, pero con un criterio un tanto más democrático; humanizando la disciplina y disminuyendo su carácter exclusivamente militar.

El soldado ateniense era además un ciudadano con deberes y derechos para con el Estado y su familia, de ahí que podía tener sus armas en casa y acudir sólo algunos días determinados para ejercitarse militarmente en el campo o en el gimnasio; el resto de tiempo podía dedicarlo a la artesanía o al laboreo de la tierra que eran los trabajos habituales en el Atica. De esta forma, la disciplina adquirió un fundamento ético basado en cumplimiento del deber para consigo mismo, la familia y la patria.

Pero los griegos en general, modelados por su abrupta geografía e inspirados por sentimientos de amor a la belleza física y al desarrollo de las facultades corporales en armonía con las espirituales, formaron un arquetipo de atleta-soldado, conocido como Hoplita, el cual debía combatir a pie; entregando de esta forma a la Infantería, la grandeza militar de la patria. Ya veremos cómo no se equivocaron.

Constituían las armas y atuendos del Hoplita, una lanza de variable longitud, espada corta, casco con coraza de ondulantes crines, escudo ovalado, y pendiente de sus hombros la capa escarlata. También acostumbraba llevar uno o varios esclavos para que transportaran y cuidaran su equipo de combate, el cual tenía que aportarlo de su propio pecunio, pero sin espe-

rar recompensa, antes bien considerándolo como un deber que a manera de impuestos de guerra debía pagar al Estado.

Los Estrategas o Generales, eran militares profesionales, Hoplitas pertenecientes a las familias más importantes, a los cuales sólo se les obedecía en campaña o por el tiempo en que hubieran sido encargados del mando. En Atenas, eran comunemente diez los Estrategas que comandaban el Ejército, de los cuales, entre ellos mismos elegían a uno para que dirigiera la batalla. Las elecciones generalmente fueron acertadas, pues, los griegos, salvo en época de su decadencia, supieron anteponer el bien de la patria a los egoísmos y aspiraciones particulares.

Las campañas comenzaban hasta la primavera y durante ellas los griegos observaban cuidadosamente algunas máximas que atribuían a sus primeros legisladores: "No estar en la guerra largo tiempo con un enemigo derrotado, porque además de cobarde, a veces es peligroso"; "No perder contacto con los camaradas de derecha a izquierda, pues tu vida está en manos de ellos y la de ellos en manos tuyas, por ello puede ser más valiente que tu vecino pero no cobarde".

De tal formación militar, se estructuró formalmente un arma prodigiosa intangible: la disciplina, que, hasta hoy, se ha convertido en la columna vertebral de los Ejércitos. Y para los griegos, esta virtud militar fundamental se reflejó en la más poderosa formación de guerra de la antigüedad: La falange.

La falange empezó a visualizarse desde la guerra de Troya, pero apareció virtualmente en Esparta fundada en principios geométricos. Se trataba de una Unidad Táctica compacta y cerrada, cohesionada física y moralmente por la disciplina, la obediencia a un solo jefe y un objetivo final común, la derrota del enemigo. Cuando el Hoplita, lanza en mano, torva mirada y entonando sublimes himnos guerreros avanzaba decidido dentro de la falange, lo hacía consciente de la razón de lucha, que no era otra que la suerte de la patria.

Heródoto nos ha dejado una magnífica versión de la disciplina. "Cuando Jerjes, el poderoso aqueménida con un Ejército numeroso puso pie en el Atica, preguntó a Demaratos, ex-Rey de Esparta, que como exiliado y traidor servía en su Estado Mayor; si, dada la inmensa superioridad numérica de sus huestes, los griegos se atreverían a presentar resistencia. Demaratos le respondió que sí acudirían, pues también los grie-

gos servían a un amo bajo la apariencia de Ley, al que temían tanto o más que los servidores del Rey de Persia a su señor; y esto lo demostraban haciendo cuanto ese amo invisible les exigía, y sus órdenes eran siempre las mismas: "En acción está prohibido retirarse frente a las fuerzas enemigas cualquiera que sea su poderío; las tropas deben conservar la formación y vencer o morir". Efectivamente, tal cual, lo hicieron en defensa del paso de las Termópilas, el Rey Leonidas y sus trescientos espartanos.

La rigidez de la falange espartana, con el tiempo fue un tanto desarticulada por los atenienses para buscar mayor velocidad y extender el frente, aún cuando sin perder la uniformidad en el movimiento. Tales innovaciones fueron producto de inteligentes estrategias como Milcíades, conocedor profundo de las tácticas persas, quien obtuvo magníficos resultados en la Batalla de Maratón. Pero siempre se mantuvo su fundamento estructural: La cohesión física y espiritual.

Maratón Primera gran Concepción Militar.

Dentro del sucesivo desarrollo de la falange y sin atender al orden cronológico, hemos citado a Maratón y las Termópilas, pues, dadas las circunstancias de que fueron las guerras médicas las que propiciaron el encuentro entre la burda forma de combate de los orientales contra la inteligente disposición griega, hemos de detenernos en ellas someramente; especialmente en la Batalla de Maratón, por constituir el primer ejemplo dentro del fenómeno histórico militar, donde la concepción mental, la preparación militar y la explotación de la geografía cobran mayor importancia que los aspectos materiales expresados en la masa de combatientes.

Las guerras médicas surgieron como consecuencia del afán imperialista de los persas y su consiguiente deseo de terminar con la hegemonía Griega en el Mediterráneo. Para el efecto, contando con los cartagineses como aliados, los cuales debían operar sobre las costas griegas de Sicilia, Darío I de Persia, comenzó por someter a las tribus Escitas del Mar Negro, propósito que si bien no lo consiguió, sí le dió oportunidad de dominar las colonias jónicas del Asia Menor y el Estrecho de los Dardanelos. Atenas envió una pequeña flota como ayuda a los Jónios, la cual fue destruida en Efeso y Lade en el 498-494 A.C.

Animado por estos resultados, dos años después Darío organizó una expedición contra Grecia Continental, la cual fue destruida por una tempestad en el Helesponto y por las tribus del interior de Tracia. Sin embargo, cuando osó exigir su misión a algunas ciudades griegas obtuvo como contra-partida el asesinato de sus emisarios.

El gran Rey humillado y ofendido puso a órdenes de sus Generales, Datis y Artafernes, una expedición de cerca de cien mil hombres, la cual después de ocupar Natus y Eritrea, desembarcó en las Llanuras de Maratón a 42 kilómetros de Atenas, costa suficientemente amplia para la acción de los jinetes arqueros persas.

Los atenienses por su parte, después de optar por salir al encuentro del Ejército persa y de pedir auxilio a Esparta, comandados por Milcíades, salieron hacia Maratón. En el camino recibieron el refuerzo de dos mil plateanos, mientras los espartanos demoraban el envío de su Ejército por motivos de orden religioso. En total eran once mil Infantes griegos los que iban a defender a su patria y a salvar a Europa del dominio asiático.

Desde las colinas del Pantélico que dominan la Llanura de Maratón, Milcíades, en virtud de la abrumadora superioridad numérica de los persas, intuyó una falange flexible, de poca profundidad para cubrir el mismo espacio del frente adversario, reforzando los flancos para evitar el envolvimiento por la caballería. Fiado del entrenamiento físico de sus hoplitas, también dispuso el ataque a la carrera para obtener la sorpresa táctica antes de que el enemigo pudiera desplegarse convenientemente.

Cuando, al filo del medio día, los persas vieron bajar de los cerros, de tal forma dispuestos a los atenienses, sin caballos ni arqueros, se aprestaron a la acción creyéndola fácil. Pero en el choque inicial, cayeron las primeras líneas medias y saltaron en pedazos sus ligeros escudos de mimbre ante la dureza de las lanzas griegas y la agilidad de los guerreros que las empuñaban. Luego, dada la densidad de la formación Oriental, el combate se estandarizó, cediendo poco a poco el centro griego, mientras los flancos, reforzados hacían retroceder a los persas. Se produjo así una especie de bolsa, más profunda a medida que el centro ateniense retrocedía en perfecta formación. Visto esto, Milcíades ordenó a los flancos victoriosos converger hacia el centro.

Atacado de esta forma el Ejército persa, sin que los hombres del anterior de la formación tuvieran espacio para combatir, empezó a desmoralizarse, mientras las flechas continuaban zumbando por encima de sus cabezas y su frente proseguía desordenado avance sobre las lanzas griegas, que, por el contrario, evolucionaban con uniformidad y organización.

Por fin, la desordenada masa Oriental diezmada por doquier, dió media vuelta y huyó a refugiarse en sus naves perseguida constante y tenazmente por los griegos, quienes lograron apoderarse de siete galeras.

Cuando ya la victoria estaba asegurada, llegaron los espartanos después de cubrir a marchas forzadas 200 kilómetros en tres días. Los Lacedemonios, no pudieron menos de quedar perplejos ante la heroica labor de sus hermanos atenienses. La grandeza militar de Esparta había sido alcanzada por la de Atenas.

Después de Maratón, los atenienses a marchas forzadas regresaron a su ciudad para protegerla de un probable desembarco, pero los persas, amedrentados se limitaron a esperar alguna sublevación interior, que al no ocurrir, les obligó a regresar al Asia.

Jerjes, sucesor de Darío, no cejó en el empeño contra Grecia; a finales del año 480 antes de Cristo, al mando de otra poderosa expedición se apoderó del Atica, Tesalia y Beocia, pero finalmente fue derrotado por la flota griega confederada al mando de Temístocles, en la Batalla Naval de Salamina.

Pasada la amenaza Oriental, el aparato militar griego, continuó desarrollándose a través de las numerosas guerras civiles protagonizadas por las ciudades-estados, principalmente de Esparta contra Atenas. Ciudades que acaudillaron todos los motivos de lucha, ya fuera entre Jonios y Dorios, ya entre Oligarcas y Demócratas, ya por intereses coloniales.

Pero si la táctica, tuvo algunos progresos, la estrategia general mantuvo sus lineamientos generales. Así, Atenas guardó predilección por la política de Pericles orientada a conservar su Imperio Colonial, encaminando así el esfuerzo hacia el aparato militar naval. Para esto tuvo que renunciar al Atica, reduciendo su territorio prácticamente al recinto amurallado de Atenas; pero como la ciudad distaba del mar, tuvo que construir dos muros paralelos que defendían el camino por el cual

se movilizaban sus hombres y provisiones. En cambio los espartanos invadieron el Atica cuando el trigo empezaba a madurar y sus Ejércitos de tierra se pasearon por tierras Atenieses sin mayores problemas.

De estas guerras las más importantes fueron en su orden cronológico, la desafortunada expedición naval ateniense contra Siracusa, que no tuvo otro fin que satisfacer la ambición de Alcibíades y la campaña naval de los Dardanelos donde el General Espartano Lisandro, sin ser Almirante terminó con la hegemonía ateniense en Egos Pótanos.

Sin embargo, en tierra la falange continuó como modelo de formación guerrera, aún cuando no variaron sustancialmente sus fundamentos tácticos, hasta que la ciudad de Tebas quiso disputar a Esparta la hegemonía griega valiéndose del genio militar de Epaminondas; quien ideó una táctica revolucionaria, que hoy se conoce como oblicua, con la cual obtuvo las brillantes victorias de Leuctra y Mantinea, a pesar de que en esta última rindió heroicamente su vida y el anhelo de grandeza Tebana.

La táctica oblicua se fundamentó en la observación de Epaminondas, sobre los movimientos de la falange durante el desarrollo de la Batalla. En efecto, el Tebano vio cómo, el Hoplita por una tendencia natural, quizá de orden anímico, buscaba apoyo en el compañero de la derecha, con lo cual toda la formación de guerra tomaba esta dirección haciéndose generalmente más densa la lucha en este flanco, a no ser que las condiciones del terreno lo impidieran. Por tanto, su genio le llevó a explotar tal tendencia y colocó en la primera fila de la Falange a un grupo de Hoplitas escogido que denominó "banda sagrada". Debilitó el centro de la formación en beneficio de uno de sus flancos para penetrar a manera de cuña dentro de las uniformes filas enemigas. De esta forma, el peso del esfuerzo del flanco reforzado decidía la victoria rápidamente en este sector y su concreción se materializaba en la medida de la progresión de la cuña, sumada con un efecto desmoralizador en el centro del enemigo. Ya enunciamos los logros militares de tamaña innovación y la muerte gloriosa de Epaminondas, que impidió a su ciudad la dominación de Grecia.

Continuará.